



Fraternidad Laicos Cavanis  
Casa Sagrado Corazón, INSTITUTO CAVANIS  
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

# MONASTERIO INVISIBLE

10.2024

¡Queridos amigos!

Estoy leyendo esa extraordinaria catequesis de Lucas sobre la oración, que el evangelista desarrolla en la primera parte del capítulo 18 de su Evangelio; inicialmente, el texto insiste en la necesidad de orar siempre, sin cansarse, luego parece desplazarse más bien hacia cómo se debe orar y lo hace a través de una estructura literaria antinómica, típica de la cultura sapiencial. Cuando Jesús quiere llevar al discípulo a ese espacio en el que se revela la calidad de la relación entre el ser humano y Dios, es decir, la oración, no se adentra a describir etapas, técnicas o características de la oración, sino que prefiere introducir una experiencia concreta. Se nos proponen dos modelos (el fariseo y el publicano), cuyas acciones, en paralelo, se sitúan en los extremos opuestos. En la conclusión del evangelio, el mismo Jesús ofrece la clave para interpretar los dos modelos y reconocer con cuál conformarse (“Les digo que este, a diferencia del otro, volvió a su casa justificado, porque quien se engrandece será humillado y quien se humilla será engrandecido”).

En realidad, la oración del fariseo se traduce en una postura corporal correcta: «de pie» (v. 11), con la cabeza erguida y levantando los brazos hacia lo alto. Es la posición normal del creyente en el momento de la oración. Sin embargo, la mirada física no corresponde a la mirada del



corazón, la única que, en lo profundo, orienta la oración. El corazón del fariseo, al igual que su oración, están centrados en su propio 'yo': el fariseo «ora para sí mismo (literalmente, 'delante de sí')» (v. 11). El publicano, en cambio, está desorientado y confundido en el templo: no es capaz de asumir el comportamiento normal de quien ora, casi tiene miedo de derribar la barrera que lo separa de Dios. Está impregnado de la tierra y de su propio pecado, por eso «no se atreve ni siquiera a levantar los ojos al cielo» (v. 13). Su situación existencial lo coloca entre los lejanos, por eso «se detiene a distancia». El único gesto que puede hacer es expresar su situación de miseria: «se golpeaba el pecho». Pero la mirada de su corazón adquiere un movimiento vertical, desde la conciencia de su propia pobreza y el rostro de la oración a través del grito, alcanzando así la orientación correcta y encentrando la mirada de Dios. El fariseo mira a Dios a la luz de sus propias obras y así, contento con lo que hace, al final no siente tanta necesidad de recibir algo de Dios; en la oración y en la vida de este hombre falta la más mínima conciencia de gratuidad a Dios. En cambio, la esencialidad con la que el publicano



expresa su oración es sorprendente: «¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (v. 13). Consciente de ser pecador, se siente necesitado de un cambio y, sobre todo, sabe que no puede exigir nada de Dios. No tiene nada que presumir ni nada que exigir. Solo puede pedir. Confía en Dios, no en sí mismo. Me lleva a pensar cuánto necesita nuestra oración ser auténtica, cuánto debe nutrirse del sentido de nuestros límites para apoyarse más bien en la infinita misericordia de Dios. Y pienso que este sentimiento debe ser propio no solo de nosotros como individuos, sino que debe ser un rasgo distintivo de nuestra FLC. Debemos aspirar a hacer de nuestra asociación un humilde instrumento de comunión y de oración en apoyo a la amada Congregación de las Escuelas de Caridad y para el arraigo y la difusión del carisma educativo de Antonio y Marco Cavanis.



### **Evangelio (Lc 18,9-14)**

Del Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh, Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todas mis ganancias». En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» Les digo que este, a diferencia del otro, volvió a su casa justificado, porque quien se engrandece será humillado y quien se humilla será engrandecido.



## **Del Estatuto de la Fraternidad de Laicos Cavanis:**

### **Art. 3. LA SANTIFICACIÓN PERSONAL**

1. Los miembros de la Fraternidad de Laicos Cavanis, llamados a una vida nueva en Cristo mediante el Bautismo, se comprometen a “alimentar la vida escondida con Cristo en Dios” (Cl. 3, 3) para crecer, a través del ejercicio del discipulado, hasta “alcanzar la condición de hombre perfecto, con esa madurez que no es menos que la plenitud de Cristo” (Ef. 4, 13). En particular:
  - a. dedicando tiempos específicos y diarios a la oración, garantizando especialmente la recitación de las Laudes Matutinas y de las Vísperas;
  - b. leyendo con fe los textos sagrados y, sobre todo, el Santo Evangelio según la práctica de la “lectio divina”;
  - c. cuidando con fervor la práctica sacramental y reservando un espacio especial para la Eucaristía, que es el corazón y centro de la vida cristiana;
  - d. practicando, al menos una vez por semana, la llamada “revisión de vida” para examinar, a la luz del Espíritu, las posibles faltas y corregirlas;
  - e. esforzándose por respetar las leyes de Dios, los preceptos de la Iglesia y su Magisterio.